

pero, lo repito, hasta ahora, ¿ qué hemos pedido y cómo lo hemos pedido?.. Me detengo un momento... Examinemos nuestra conciencia..... ¿ Hemos orado con confianza, es decir con una fé viva, bien persuadidos de que Dios nos escuchaba?... ¿ Hemos orado con devoción, estando respetuosamente recojidos ante el soberano Señor á quien nos dirigíamos?... ¿ Hemos orado con perseverancia, estando bien penetrados de la necesidad de las gracias que pedíamos?..... Creo, hermanos míos muy amados, que nos veríamos en un apuro para contestar que sí á estas tres preguntas... Humillémosnos pues ante Dios y formemos la resolución de dar de hoy en adelante á nuestras oraciones las tres condiciones necesarias: la confianza, la devoción y la perseverancia .. Así sea.

INSTRUCCION CUARTA.

MOTIVO POR QUE DIOS NO SIEMPRE ATIENDE NUESTRAS ORACIONES; CON FRECUENCIA NUESTRAS ORACIONES TAMPOCÓ TIENEN OBJETO ALGUNO.

TEXTO. — *Petite et accipietis, etc....* Pedid y recibireis, llamad y se os abrirá.

(SAN LUCAS, CAP. XI, VERS. 9.)

EXORDIO. — Queridos hermanos, en mi última instrucción os hablabá de las condiciones principales que nuestras oraciones han de tener; os dije ya que han de ser hechas con confianza, con devoción y con perseverancia... No tuve tiempo de referiros una conmovedora historia del Evangelio que nos muestra la eficacia de la oración hecha en estas condiciones... Hoy empiezo reparando este olvido.

Nuestro adorable Salvador se encontraba en los alrededores de la ciudad de Tiro, situada bastante lejos de Jerusalén. Parece que hasta los paganos conocían este poder divino con que curaba á los enfermos y mandaba á los demonios. En efecto, una mujer cananea le fué á encontrar

Pobre madre, estaba vivamente afligida, y, vertiendo lágrimas, decíale á Jesús: « Señor, hijo de David, apiádate de mí; mi hija está cruelmente atormentada por el demonio. » Y nuestro Redentor parecía volver la cara á otro lado y no oirla. Sorprendidos estaban los Apóstoles, sabiendo cuán bueno y compasivo era: — « Maestro, le decían, concédele lo que pide, porque nos persigue con sus gritos. » Queriendo instruir á sus Apóstoles y mostrarnos á todos la necesidad de la perseverancia en la oración, el divino médico contestó: « Unicamente he sido enviado para curar á las ovejas extraviadas de la casa de Israel. » Pero ¿ qué no puede la insistencia de una madre que ruega por su hijo?... Acércate, pobre cananea, arrodíllate junto al Salvador: en sus miradas veo que va á atender tu petición... Y aquella mujer, adorando á Jesús, le decía: « ¡ Señor, asísteme! — Hija mía, le contesta Jesús, ¿ es permitido quitar el pan á los hijos para dárselo á los perros? — Maestro, contesta aquella afligida mujer, esto no es permitido; pero no obstante los perritos recojen las migajas que caen de la mesa de su amo. ¡ Permítaseme pues á mí, pobre pagana, recoger algunas partículas de esas gracias que con tanta abundancia derramas sobre los judíos! » Admirando la devoción, la confianza y la perseverancia de aquella pobre madre: « Mujer, la dijo, ¡ cuán grande es tu fé! Recibe pues la gracia que pides. » Y su hija quedó inmediatamente curada.

PROPOSICIÓN. — Sin embargo, hermanos míos muy amados, Dios, por razones misteriosas, no siempre atiende nuestras oraciones. Me propongo daros algunas aclaraciones sobre este punto, esto es que por no ser hechas con atención, nuestras oraciones son con frecuencia inútiles.

DIVISIÓN. — *En primer lugar*, porqué no siempre nos concede Dios lo que le pedimos; *en segundo lugar*, que nuestras oraciones carecen con frecuencia de objeto.

Primera parte. — Dios, hermanos míos muy amados, cuya bondad sin embargo es infinita, á causa de esta misma bondad y de los designios que tiene sobre nuestra salvación, no siempre nos concede lo que le pedimos, ya porque pedimos lo que nos sería inútil, ya porque quiere concedernos gracias más preciosas.

¡ Aun cuando Dios no nos atienda, no duedemos jamás de su ternu-

ra hácia nosotros, del amor que nos profesa!... Voy á poner os una comparación : vosotros es indudable que amais á vuestros hijos, únicamente para ellos es para quienes trabajais, y más de una madre hay y, añadiré que más de un padre hay entre vosotros, que sacrificaría su vida por la de su hijo... Pues bien, figuráos que este pequeñuelo, de años escasos, os pide con insistencia el cuchillo ó la navaja de que os acabais de servir ; á pesar de sus lágrimas os negaréis á poner entre sus infantiles manos un instrumento cuyo peligro no conoce su inexperiencia... Supongámosle más adelantado en edad : está enfermo ; el médico os dice : « Velad atentamente sobre él ; tal alimento sería un veneno para él y le causaría indefectiblemente la muerte ». ¿ Seríais padres razonables si, apesar de las prescripciones del médico, cediendo á las instancias del jóven enfermo, le dieseis lo que el médico ha prohibido, lo que le sería funesto y perjudicial?... Os conozco, hermanos míos, y sé que ninguno de vosotros cometería semejante imprudencia.. Ahora bien, ¿ qué somos nosotros ante este Padre que tenemos en el cielo?... Unos niños... ; ay ! y con harta frecuencia bien poco razonables y á veces bien enfermos... Parece que el objeto de nuestras peticiones es bueno ; pero Dios, que ve más léjos que nosotros, lo juzga de distinta manera ; tal favor espiritual que pedimos, contribuiría tal vez á ensoberbecernos y á perdernos ;... la salud que con tantas instancias reclamamos nos quitaría desde luego el mérito de la resignación y desertaría en nosotros pasiones cuyos asaltos amortigua el sufrimiento...

Cuántos están en el infierno por haber sido demasiado dichosos y demasiado atendidos en este mundo!... Y si se abriesen los cielos... ; cuán numerosas serían las almas santas que deben los honores de que gozan allá arriba sólo á las pruebas y á la persecución!

El Evangelio nos refiere que un dia el Señor, habitualmente tan bueno, dió una respuesta severa á una mujer que sin embargo le había sido muy adicta y que le había cedido sus dos hijos para que fueran Apóstoles suyos : era la madre de Santiago y de san Juan, la mujer de Zebedeo. — « Maestro, decíale ella, te pido un favor ; y es que un dia mis hijos estén sentados en tu reino, uno á tu derecha y otro á tu izquierda. » Y el Señor la contestó friamente : « No sabes lo que pides. » Como si la hubiese querido decir : yo sé mejor que tú lo que á tus dos

hijos les conviene... ; Cuántas veces, cristianos, cuando nuestras oraciones se pierden en vanos deseos que con harta frecuencia sólo tienen por objeto favores terrenales más bien que gracias sobrenaturales, cuántas veces podría decirnos Jesucristo lo que contestaba á la mujer de Zebedeo : « No sabéis lo que pedís!... »

Pero hay más, hermanos míos. Recorriendo el Evangelio observo que ni Jesucristo mismo no fué siempre atendido en sus oraciones... Vos, adorable Redentor, habeis querido darnos una importante lección y enseñarnos que no nos debemos desanimar cuando no alcanzamos las gracias que pedimos, sinó por el contrario abandonarnos humildemente en manos de la Providencia... ; Veámosle, hermanos míos, en el huerto de los Olivos... ; Qué fervor, qué humildad, qué perseverancia en su oración!... Allí está postrado con la faz contra la tierra, abismado en cierto modo en la contemplación de la soberana majestad. — « Padre, le dice, conociendo de antemano cuán amarga será la copa de dolor que ha de vaciar en su Pasión; Padre, dice, aléjese de mí este cáliz... » Pues nó, augusto Redentor mio, no sereis atendido ; ese cáliz lo beberéis hasta las heces... Pero ; cuán ampliamente recompensada será, oh rey de nuestras almas, vuestra santa humanidad!... Sereis, si así me es permitido expresarme, glorificado más allá de todas vuestras amarguras. Para vos la cruz será triunfante ; vuestra Pasión será el pedestal sobre que se establecerá el trono de vuestro imperio ; las lágrimas, los besos de mil y mil generaciones cubrirán vuestra imagen colocada pendiente de la cruz ; ; valor ! vuestra triunfante Resurrección y vuestra Ascensión gloriosa están, por decirlo así, en el fondo de ese cáliz que vais á apurar...

Y es verdad, hermanos míos muy amados ; Jesucristo quiso mostrarnos con su ejemplo que, si nuestras oraciones no siempre son atendidas según nuestros deseos, la misericordia de Dios, siempre generosa para con nosotros, reserva amplias recompensas á la resignación humilde, á la fé sumisa... No nos desanimemos pues en nuestras oraciones ante tal ejemplo.

Segunda parte. — Pero si á veces nuestra oración se equivoca de objeto, si, como la madre de los hijos de Zebedeo, nos acontece reclamar de la Bondad divina cosas poco convenientes, defecto más común

todavía en nuestras oraciones, es que las más de las veces, hechas por una especie de costumbre, carecen de fin, carecen de objeto... Carísimos hermanos, el pensamiento que voy á desarrollar es muy importante y merece fijar toda vuestra atención... La oración tiene un fin triple: adorar á Dios, pedirle sus gracias y agradecerle sus beneficios... Con sobrada frecuencia, por no habernos recojido antes de orar, pronunciamos como cotorras y sin dar á ellas importancia alguna, las fórmulas que se nos han enseñado... Lo he dicho ya y lo repetiré á vuestros hijos: para orar con atención, conviene tener ante nuestra vista un crucifijo ó, á falta de este objeto, que debería ser el primero de todo ajuar cristiano, la cruz de nuestro rosario... Se saluda, se besa, á lo menos espiritualmente, esta imágen de nuestro Salvador: es un testimonio de respeto; más aún, bien meditado es un acto de adoración... El Viernes Santo acudís á adorar piadosamente la cruz... Os felicito por esto; pero podeis adorarla cada día... Por medio de estos actos, hermanos míos muy amados, es como más se eleva la oración, es como nos aproxima á la majestad suprema y se convierte en un verdadero acto de adoración... Así pues, antes de la oración elevemos nuestros corazones... *Sursum corda*, nos diría nuestro Angel custodio si le pudiésemos oír: dichosos si pudiéramos contestarle: *Habemus ad Dominum*, nuestros corazones estan vueltos hácia el Señor... Éste, lo repito, es el primer objeto, el fin más noble de esta conversación que Dios nos permite sostener con él... Antes de pedir á un magistrado, á un gobernador ó á cualquier otra persona elevada en dignidad, un favor que deseamos alcanzar, nos inclinamos respetuosamente, le presentamos humildemente nuestros homenajes... Sí, lo repito, el fin más esencial de la oración es el de adorar á Dios..... Y nosotros no pensamos en esto....

Otro objeto que debería vivamente interesarnos sería el de solicitar de la divina misericordia las gracias que necesitamos... Un día en el templo de Jerusalén, pero nó, ese templo no estaba construído todavía; en un santuario donde estaba depositada el Arca de la alianza, símbolo imperfecto de nuestros tabernáculos, fué á prosternarse una mujer... Deseaba vivamente una gracia; su corazón dejaba desbordarse sus suspiros, sus lábios se movían, pero no se oía palabra alguna. De ro-

dillas, perseveró durante largo tiempo en su oración. Helí, el gran sacerdote, poco acostumbrado á tanto fervor, creyó que aquella atribulada mujer estaba ébria ó loca; y la reprendió. — « Nó, señor, le contesta la mujer, tu sierva no está ébria; ha venido á solicitar, junto al Arca del Altísimo, un favor que vivamente desea.. » Aquella piadosa mujer se llamaba Ana: estéril y humillada hasta entonces, iba á pedir la gracia de ser madre... Y Dios concedía á sus oraciones el nacimiento de un hijo que llegó á ser el profeta Samuel.

Lo que hacía tan fervorosa su oración, carísimos hermanos, era que tenía un objeto, era que deseaba vivamente alcanzar la gracia que pedía... Pero nosotros, antes de orar, nosotros, pobres pecadores, que tantas cosas necesitamos, ¿ pensamos en dar un objeto á nuestras oraciones?... Nó, lo repito, porque es una verdad sobre la cual jamás insistiremos lo bastante, no pedimos nada, ni pensamos en nada... Santa Mónica, durante diez años, en todas sus comuniones, en todos sus ejercicios de piedad, pedía la conversión de su esposo Patricio y la de su hijo Agustín. Y obtuvo este doble favor... Esposas y madres, meditaad este ejemplo... San Agustín, durante los treinta años que sobrevivió á su piadosa madre, jamás se olvidó de orar por ella... Y nosotros, ¿ pensamos tan siquiera una vez por semana en nuestros padres, en nuestros esposos, en todas aquellas almas de parientes nuestros que languidecen tal vez en las prisiones del Purgatorio?...

Vamos á ver, carísimos hermanos, yo quisiera haceros sentir bien esta verdad, (porque yo, como san Pablo, no temo el repetirme, cuando se trata de enseñanzas útiles é importantes). En este momento algunos de nosotros estamos reunidos en este sagrado recinto. — ¡ ay ! yo quisiera ver reunida aquí cada domingo la parroquia entera. — Pero en fin estais aquí los mejores, la parte más consoladora del rebaño confiado á mis cuidados: ¿ hay, de entre vosotros, muchos que, al asistir hoy á la santa Misa, se hayan propuesto pedir á Dios alguna gracia especial? Nosotros todos, pobres pecadores, tenemos necesidad de contrición; vosotras, madres, teneis algo que solicitar para vosotras y para vuestros hijos; vosotras, jóvenes doncellas, conoceis ya ocasiones peligrosas, hoy mismo tal vez se os presentará alguna, y necesitais del auxilio de Dios para triunfar de ellas... Y luego, ¿ vamos á olvidar á aquel padre, á esa

madre que desde las prisiones del Purgatorio nos tienden sus brazos y nos invocan con lamentable voz?... ¡Ingratos!... Pero nó, hermanos míos, quiero únicamente deciros que con frecuencia, por falta de atención no le pedimos nada á Dios en nuestras oraciones. Y sin embargo, el catecismo lo dice, la oración es una elevación del alma hácia Dios para pedirle las gracias de que tenemos necesidad.

Otro objeto de la oración es el dar gracias á Dios por todos los beneficios de que nos ha colmado. El agradecimiento, carísimos hermanos, es realmente una necesidad para las almas rectas, justas y sensibles. Dais las gracias al médico que, con sus cuidados, os ha salvado de una enfermedad mortal; demostrais vuestro agradecimiento á los que os han prestado algun servicio importante. Es muy natural: la ingratitud es el vicio de los corazones bajos y averiados... Y ahora decidme ¿quién es nuestro mayor bienhechor? ¿Quién nos ha dado la vida? ¿quién nos la conserva? ¿Conoceis bien á quien ha redimido vuestras almas, dando hasta la última gota de su sangre, sufriendo por nosotros la muerte más ignominiosa?... ¡Oh, sí! le conoceis; todo en esta iglesia os trae á la memoria su recuerdo, y este tabernáculo donde reside, y esta sagrada mesa donde le habeis recibido, y este tribunal de la penitencia donde habeis sido librados de la mancha original.... ¡Cuántos beneficios!... ¡Cuánta gratitud debe inspirarnos la sola vista de una iglesia!... Y nosotros entramos en ella las más de las veces, hermanos míos muy amados, y en ella permanecemos sin pensar en dar gracias á Dios por los beneficios de que ha sido testigo este lugar augusto... ¡Sí, ingratos!... Y en nuestras casas, la imágen del crucificado, — porque, lo repito con insistencia, toda casa cristiana debe poseer esta sagrada imágen; es un mueble que jamás habría que tomar prestado, — ¡pues bien! la sola vista de este venerado signo ¿no debería inspirarnos gratitud?... Confesémoslo, carísimos hermanos míos, y confesémoslo humildemente; si hay un número por desgracia sobradamente crecido de cristianos que han olvidado la oración, nosotros que aún tenemos la dicha de orar, no siempre sabemos dar á nuestras oraciones su verdadero fin, que es adorar á Dios pedirle sus gracias y agradecer sus beneficios. Pensemos en esto, ama-

dos hermanos míos, y si sois fieles á esta recomendación, podeis estar seguros de que vuestras oraciones serán más atentas y fervorosas.

PERORACIÓN. — Al terminar, hermanos míos, acude á mi mente esta bella historia de la cananea que os refería poco ha... Hay en ella una frase que nos muestra la humildad en la oración, que ha de movernos á que nos persuadamos de que delante de Dios somos como unos pobres mendigos delante de un soberano... Jesucristo, afectando rechazar la súplica de aquella humilde mujer, la dice: «No se da á los perros el pan que á los hijos se destina.» Y ella acepta humildemente este título poco halagador: «Sí, contesta, pero los perritos recojen las migajas que caen de la mesa.» Esta humildad, hermanos míos muy amados, es una virtud que los santos han, no solamente admirado, sino también imitado, y que daba un inmenso valor á sus oraciones... Penetrad conmigo en el palacio de un patriarca, de un santo arzobispo que va á morir... Su vida entera fué un prodigio de santidad; sólo Dios conoce el número de sus limosnas y el de las buenas obras que practicó: es san Lorenzo Justiniano, patriarca de Venecia. Acaba de recibir los últimos sacramentos con la piedad de un ángel; oíd su oración suprema: «No me atrevo, dice, á ambicionar ese sitio de los bienaventurados espíritus que contemplan cara á cara la augusta Trinidad; pero, Dios mío, esta pobre criatura os pide algunas de esas migajitas que caen de vuestra deliciosa mesa... ¡Ah! sería demasiado para mí, sí, sería demasiado si os dignaseis conceder á vuestro débil servidor un poquito de sitio á los piés del último de vuestros escojidos...» Así oraban los santos, carísimos hermanos, y según la frase del Apóstol san Pablo, Dios, que resiste á los soberbios, les atendía porque eran humildes... Oremos pues también nosotros, no sólo con atención, sino con una profunda humildad, y la misericordia de Dios se dignará bendecirnos y atendernos. ¡Oh! Así sea.